

Y así fue, tal y como predijo la rana. Y tanto se alegró el rey por el nacimiento de la princesa, que ordenó celebrar una gran fiesta a la que convidó no solo a familiares, amigos y conocidos, sino también a las mujeres sabias para que bendijeran a la niña. A casi todas, porque, aunque en su reino vivían ni más ni menos que trece de estas mujeres, como solo podían comer de platos que fueran de oro y el rey solo poseía doce, decidió invitar a tantas como platos hubiera en el castillo.

La fiesta se celebró con todo lujo y boato y ya concluía cuando las mujeres sabias concedieron a la niña sus maravillosos dones: una la bendijo con virtud, otra con belleza, la tercera con riqueza, y así sucesivamente con



Tal silencio reinaba en el castillo que el príncipe oía su propia respiración, pero, haciendo de tripas corazón, prosiguió su camino hasta que por fin llegó a la vieja torre con escaleras de caracol, en donde encontraría la pequeña alcoba en la que yacía la Bella Durmiente. Y así fue, y tan prendado quedó de la belleza de la princesa, que se inclinó sobre ella y la besó.

Esta, apenas notó el roce de los labios del príncipe, se despertó y, mirándole a los ojos, le sonrió. Luego, cuando entraron juntos y de la mano al salón del trono, el rey, la reina y toda la corte despertó sobresaltada y se miraron unos a otros con los ojos como platos. En el patio, los caballos se irguieron sobre sus cuatro

